

Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner
y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del
perfecto idiota latinoamericano*, México,
Plaza & Janés Editores, 1ra. edición, 1996, 319 pp.

Por Beatriz Stolowicz

La primera impresión retrotrae a los comunicados que las Fuerzas Armadas transmitían por cadena de radio y televisión durante las dictaduras sureñas, por la cantidad de epítetos y calificativos que hoy ni siquiera la más tradicional de las derechas utiliza. Y es posible que a la nueva derecha neoliberal y negociadora, la que tal vez más eficazmente opone su visión de sociedad a la de la izquierda introduciendo en su discurso el pluralismo y la tolerancia como vehículos ideológicos de cooptación, no le haga ningún favor.

La virulencia del Manual se corresponde al fundamentalismo liberal de los autores desde el cual se denuncia que en América Latina el dogma liberal de la economía no se está aplicando "como debería", o que no está teniendo el éxito de refundación cultural que quisieran porque no se ha logrado conjurar la fatídica y obcecada crítica a la desigualdad y a la explotación en la que abreva la izquierda, que se suponía debía haber desaparecido –junto al "socialismo real"– con el advenimiento de este nuevo mundo liberal.

Se trata, obviamente, de una defensa a ultranza de un capitalismo liberal imaginario, frente al cual todo lo que conocemos como neoliberalismo en el continente o en Europa es una simple caricatura de su deber ser ideológico. Así que, ni las aperturas a la circulación mundial del gran capital, ni las privatizaciones, ni las tasas de acumulación y tremenda concentración del capital, ni la subordinación del Estado a la libertad por excelencia –la de los empresarios transnacionalizados, que son los buenos–, nada de ello es aún liberalismo económico.

Y ello tiene una razón: en América Latina no han sido suficientemente exorcizados la izquierda y su pensamiento. Pues resulta que la existencia de Estados clientelísticos, corruptos, que benefician a estrechas oligarquías de

... empresarios sobreprotegidos de toda competencia, que deben su fortuna a mercados cautivos, a barreras aduaneras, a licencias otorgadas por el burócrata, a leyes que lo favorecen; una oligarquía de políticos clientelistas

para quienes el Estado cumple el mismo papel que la ubre de la vaca para el ternero; una oligarquía sindical ligada a las empresas estatales, generalmente monopólicas, que le conceden ruinosas y leoninas convenciones colectivas; y, obviamente, una enredadera de burócratas crecida a la sombra de este corrupto estado benefactor (p. 104).

Según los autores, es un producto de izquierda. No un capitalismo al que siempre se enfrentó la izquierda; no un Estado sin el cual no se hubiera desarrollado esta "nueva" burguesía liberal, del cual nunca ha querido destetarse sino al que busca imponerle el cómo, cuánto y para quién; no, todo ha sido una creación intencionada de la izquierda que en lugar de querer salir del subdesarrollo, lo provocó.

La pobreza es también una hechura de izquierda. No es que los autores no reconozcan que existe (faltaba más), pero no es lo que todos creen (se nos recuerda reiteradamente que el vulgo padece de debilidad neuronal). La pobreza es la materialización de la progresista justicia liberal que equitativamente distribuye de acuerdo a lo que cada quien sabe acumular. La izquierda es culpable de no haber permitido que los explotados y marginados de América Latina hicieran bien sus *business* en el *market*. El castigo, incluso, ha dado resultados, lentos pero halagüenos, por ejemplo en Chile y Bolivia, lo que les permite afirmar fehacientemente que la pobreza ya está disminuyendo. Todas las preocupaciones del Banco Mundial, del BID y de los cultores de la gobernabilidad, porque los aumentos de pobreza y exclusión ponen en riesgo al "modelo", son puras boberías. Y lo peor es que todavía hay gente idiotizada que cree que la pobreza de unos se correlaciona con la riqueza de otros. Son pobres porque son subdesarrollados mentales, y las listas de Forbes, son pura imaginación.

El Manual también nos enseña que eso de los aires imperiales de Estados Unidos es una creación de mentes calenturientas.

Aunque alguna vez el imperialismo económico —la *United Fruit* y su respaldo militar en Guatemala en 1954, por ejemplo— estuvo en condiciones de funcionar como miniestado dentro de territorio centroamericano, hay más ejemplos de gobiernos que han expropiado a los imperialistas o echado de sus países a los intrusos que venían ingenuamente a invertir en ellos, que de acciones militares norteamericanas dirigidas a respaldar la posición dominante de alguna transnacional de América Latina. Habría que añadir también que nunca una expropiación o una prohibición dirigida contra un inversionista norteamericano fueron por sí solas motivo para poner en marcha a los marines. ¿Qué mejor prueba de esto que la Revolución Cubana, que expropió a decenas de ciudadanos y empresas norteamericanas? (p. 102).

Aun considerando a Playa Girón, República Dominicana, la ITT-CIA-Chile, Granada y Panamá como nimiedades que no vale la pena considerar, es curioso que con tanta dedicación al hablar de Cuba y siendo un texto que llega al presente inmediato, no haya reparado una sola vez en la Ley Helms-Burton. Deberían los autores poner una postdata que agregue a la lista de engendros izquierdosos a la OEA, por su zurdosa esquizofrenia al acusar recientemente a Estados Unidos de trampear el sacrosanto discurso de la globalización.

En medio de tanto dogma liberal, podría resultar curioso que los autores no hayan dedicado ningún análisis específico al problema de la democracia, tema predilecto de la derecha *aggiornada*. Pero ello podría explicarse porque su obtrusa visión del mercado "libre" les hubiera hecho muy engorroso meterse en el análisis de las mediaciones y la política, materia demasiado compleja para anarquistas conservadores como los autores.

Es que, no puede negarse, no es lo mismo la defensa del capitalismo desde una lógica de derecha largamente elaborada, con visiones de poder y modelos de sociedad, que la de estos derechistas al vapor, tan mediocres. Ni siquiera son capaces de entender que su ejemplo de superación del subdesarrollo mental -Chile- ha contado con una derecha infinitamente más inteligente que ellos, que nunca en sus posiciones en el Estado se ha desprendido del cobre, de los mecanismos de control sobre el sistema financiero, de cierta regulación sobre las inversiones extranjeras, etcétera. O al menos, creo, que no confunden el discurso con la realidad, y saben hacer lo que no necesariamente dicen, sin creerse a pies juntillas la historia ésta de la "globalización".

Así como la argumentación económica del Manual es por demás débil, menos vale la pena detenerse en sus "lecturas" sobre la "historia" y "el pensamiento social". No se sabe si la ignorancia que se exhibe es un recurso ideologizador para mentir, o si es una cualidad intrínseca de los autores.

Si es burda la forma en que se persigue su objetivo ideológico liberal, es ciertamente torpe el modo como se quiere descalificar a la izquierda, el otro objetivo principal que lógicamente se derivaría del éxito del primero. Es cierto que hay algunos chispazos de lucidez al comienzo del libro, cuando se muestran ciertas inconsistencias de la izquierda latinoamericana, que son incluso materia de debate hoy en el seno de la misma izquierda. Conforme avanzan los capítulos (en una circularidad y reiteración argumentativa algo fatigante), esas chispas iniciales se ahogan en un fárrago de sandeces que echan por tierra la potencialidad crítica que al comienzo pudo avizorarse. Porque se pueden discutir los errores y el dogmatismo de muchos análisis históricos y teóricos de una izquierda que hizo una vulgata marxista. Se puede discutir el oportunismo de algunos sectores que pertenecieron a la izquierda y hoy son conspicuos integrantes de las élites que funcionalizan al sistema a cambio de irrisorios privilegios (si se los

compara con los que reciben los beneficiarios capitalistas del mismo). Pero, difícilmente se podrá discutir la validez del estructuralismo althousseriano recordando que el autor francés mató a su esposa. Menos mal que no escudriñaron en alguna desviación homosexual de alguno de los dirigentes de izquierda latinoamericanos. Lo digo porque en esa increíble identificación de todo lo no liberal con la izquierda, hay una obsesiva referencia al "macho latinoamericano" como uno de los productos más originales que "la izquierda regional" tributó al mundo.

En esa mezcla llamada "izquierda" son lo mismo los teóricos de la dependencia que los caudillos populistas como Perón; los dictadores militares nacionalistas y hasta fascistas que José Batlle y Ordoñez, cuyo pecado fue inventar una institucionalidad que califican como democrática pero que se parecía demasiado al Estado de Bienestar; los teólogos de la liberación que los burócratas corruptos y los empresarios nada schumpeterianos que supo dar nuestra región. Todo eso -y más- es la izquierda latinoamericana o ha sido producto suyo. Aunque usted no lo crea.

En realidad, si los autores desearon crear una nueva "Biblia latinoamericana" -liberal, naturalmente- que pudiera competir con *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano -un *leiv motiu* sorprendentemente sobredimensionado tal vez para satisfacer alguna obsesión familiar-, me animo a predecir que el mercado los traicionará si el referente comparativo fueran las setenta ediciones de *Las venas abiertas de América Latina*, (inequívoco síntoma de la gravedad de la idiotez, no sólo latinoamericana, por cierto).

Ni la presentación y el *marketing* de papá Mario (Vargas Llosa), ni la prosa por momentos buena, ni el contar con un entorno ideológico proclive a la justificación de la desigualdad social y el conservadurismo, impiden que el libro en cuestión sea un verdadero manual de la decadencia intelectual.